

SEGUNDA PARTE.

I

Luengos y tristes años trascurrieron
desde la noche en que incendiadas fueron
las chozas todas de la humilde aldea,
desde aquella mañana en que zarparon,
á favor de la brisa y la marea
los cargados bajeles, que llevaron

Con sus penates y sus dioses lares
á merced de los vientos y los mares,
á todo un pueblo humilde, infortunado,
á un destino sin fin, á que no ha sido,
ni por cruel, ni por bárbaro acusado,
otro pueblo en el mundo sometido.

Sobre playas distintas y apartadas
viéronse las familias dispersadas,
como se vé, si el viento se alborota,
caer los cojos de la nieve blancos,
á través de la niebla que encapota
de Terranova los soberbios bancos.

Sin hogar, sin amigos, errabundos
de ciudad en ciudad, de los profundos
lagos que al frío Septentrión se extienden
á las del Sur sabanas ardorosas,
de las playas heladas que se tienden
del mar ante las ondas tempestuosas

A las tierras do el Padre turbulento
de las inquietas aguas, de su asiento
arranca las montañas con la mano,
para ocultar en la profunda arena
los huesos del mamouth, y en el oceano
hundir su mole, que los antros llena.

Solos y tristes sin cesar andaban;
Hogar y amigos por doquier buscaban;
pero aquellos que ya desesperados,

roto y deshecho el corazón sentían,
de su hogar y de amigos olvidados,
sólo una tumba al porvenir pedían.

¡¡Del pueblo aquel la historia pesarosa
quedó grabado en la sencilla losa
que corona las tumbas, preservando
de aquel naufragio sus humildes nombres,
y á otras razas y pueblos enseñando
la maldad é injusticia de los hombres!!!

Largo tiempo en la turba confundida,
por la desgracia y el dolor herida,
vióse linda doncella, que esperaba
sufriendo, siempre dulce y anhelante,
y que sin tregua y descansar marchaba
en busca de la imagen de su amante.

¡Cuán hermosa era entonces la doncella!
Mas ¡ay! para su mal, delante de ella
inmenso y silencioso se extendía
de su existencia el árido desierto.
Tal como en el desierto que existía
del Occidente en la región, cubierto

De zarzas y malézas, del salvaje,
 en los campos desnudos de follaje,
 como huellas tan solo se miraban
 hogueras en cenizas convertidas,
 y osamentas humanas, que blanqueaban
 del astro rey por el fulgor heridas,

Así de su existencia pasajera,
 solo se vió, tras su fugaz carrera,
 las tumbas de los viejos desterrados
 que antes que ella lloraron y murieron,
 sus volcanes de amor mal apagados,
 sus esperanzas que marchitas fueron.

Como si una mañana esplendorosa,
 al levantarse aérea y ruborosa,
 de oro tiñendo el azulado ambiente
 y derramando músicas de amores
 se detuviese al punto, y al Oriente
 regresase á apagar sus resplandores,

Así sobre su vida parecía
 que de su alegre juventud había
 el sol su vago curso detenido,

su dulce risa en lágrimas trocando,
 y el porvenir á su alma prometido
 en noche eterna de dolor cambiando.

A menudo su marcha presurosa
 detenía en los pueblos; pero ansiosa
 por su fiebre de amores espoliada,
 cansada de esperar y ambicionando
 ver la sed de su espíritu saciada
 proseguía, sus buscas redoblando.

Otras veces amaba en el misterio
 de algún triste y humilde cementerio,
 cabe anónima tumba, adormecida,
 ya contemplar las cruces de madera,
 ya pensar que en su seno, en la otra vida
 el sueño eterno su Gabriel durmiera.

A veces un rumor, un cuchicheo,
 leve susurro que fingió el deseo,
 le decían callados al oído
 que aún Gabriel para su amor vivía
 y que siguiendo tras su huella, un nido
 para los dos tal vez encontraría.

Otras veces hablaba con los mozos
que de su amor y su amistad celosos
adorada otro tiempo la miraron
y á su Gabriel amante conocieron
mas aquellos lugares se olvidaron
las horas del placer por siempre huyeron!

—«Gabriel de Lajeunesse» unos decían.
«Oh sí! sí, lo hemos visto! —repetían;
«él está con Basilio; pero han ido
«los dos á las praderas; cazadores
«y guarda-bosques son, y áun han podido
«fama tener de expertos lazadores.»

—«Gabriel de Lejeunesse otros hablaban,
«¡Oh sí! sí, lo hemos visto! —le agregaban;
«viajero es él que sin cesar recorre
«de la Luisiana fértil el bajo
por cuyas tierras caudaloso corre
«un ancho, bello y pintoresco río.

—«Pero entonces ¿por qué, niña querida,
«por él sufriendo pasarás tu vida?—
«todos la preguntaban;—¿quos hallado

«jóvenes que, como él, hermosos fueran?
«Corazones amantes no has mirado
«que su ternura y su lealtad tuvieran?

«Ve á Bautista, ¡cuán largos años,
«sufriendo sus pasados desengaños,
«te ha amado con pasión! Si, divididos,
«tú no has de ser feliz, ni él venturoso,
«dale tu mano, que por siempre unidos,
«dichosa has de ser tú, como el dichoso.

«Teniendo tu hermosura peregrina,
«tú no puedes quedarte, Evangelina,
«para ir á vestir santos, ¡imposible!»
Mas ella, que de pronto se inmutaba,
aunque triste, serena, —«No es posible,
«eso no puede ser,» —les contestaba.

Donde va el corazón, sigue la mano,
que cuando el pobre corazón humano
como un fanal alumbra de la vida
el áspero sendero, muchas cosas
que ántes cubriera sombra maldecida,
tórnanse siempre claras, luminosas.

El sacerdote entonces, que su amigo
su confesor, su padre y el testigo
de su desdicha y sufrimientos fuera,
con su dulce sonrisa le decía:

—«Solo, solo tu Dios de esta manera
«puede hablar por tus labios, hija mía;

«De acallar tu pasión no hable tu lengua,
«que esa dulce afección nunca se amengua;
«si no enriquece al corazón ajeno,
«sus aguas, cual la lluvia, dulcemente
«refrescarán su primitivo seno;
«lo que la fuente da, vuelve á la fuente.

«Cumple tu obra de amor y de confianza,
«termina tu labor, ten esperanza;
«que aunque el silencio con la angustia abate
«tu pobre corazón, Evangelina,
«la paciencia que sufre y que combate,
«tiene algo de celeste y de divina

«Cumple tu obra de amor, hasta que veas
«divinizarse el corazón, y seas
«ya de toda maldad purificada,

«mujer perfecta, de virtud modelo,
«y puedas, para Dios reconquistada,
«más digna ser de merecer el cielo.»

Alentada por él de esta manera,
ella esperaba, aun cuando en vano fuera.
En su alma noble, del océano á veces
el canto triste y funeral se oía,
pero una voz mezclada á aquellas paces
«No desesperes nunca,» le decía.

Así aquella alma cuanto noble pura,
erraba sin consuelo, á la ventura,
de su existencia triste atravesando
la senda llena por do quier de abrojos,
roto y deshecho el corazón llevando,
y empapados en lágrimas los ojos.

Déjame, ¡oh musa! la errabunda huella
por do quiera seguir de la doncella;
mas no tras cada paso, de su vida
sin separarme nunca del sendero,
sino como al través de la florida
y espesa selva, dado es al viajero

Seguir de un arroyuelo bullicioso
 el curso vario, á veces anheloso,
 muy cerca de su margen, su corriente,
 por instantes, plateada contemplando,
 y á veces alejado indiferente,
 sus pasos hacia el bosque encaminando.

Sin ver sus aguas deslizarse al río,
 pero oyendo su eterno murmurío.
 ¡Feliz si puede hallar en su jornada
 el lugar do sus aguas desembocan!
 ¡Feliz si de esta pobre desterrada
 encuentro al fin do sus desdichas tocan!

II

Erase el mes de Mayo. Asaz ligera,
 pasada del Ohio la ribera
 y las bocas del Wábasb, resbalaba
 del ancho Mississipi en la corriente,
 ruda y fuerte canoa, que guiaba
 con mano experta la Acadiese gente.

Eran una reunión de desterrados
 que, cual si fueran restos dispersados
 de una nación en el naufragio un día,
 ya por sus creencias y el dolor unidos,
 erraba por las costas, á porfía
 por extranjeros vientos impelidos.

Hombres, mujeres, niños que buscaban
 guiados por la esperanza que abrigaban,
 á través de las fértiles praderas,